

Transversal
Josep Maria Ganyet

Etnógrafo digital

Si la IA es la respuesta...



La Bienal Ciudad y Ciencia de Barcelona dedicó la sesión Ciencia y escritura a explorar las interacciones entre la literatura y el pensamiento científico. Una mesa compuesta por científicos letraheridos de renombre como Óscar Vilarroya, Salvador Macip, Martí Domínguez, Toni Pou, Muntsa Mimó y Cristina Xifra debatieron en la intersección entre ciencias y humanidades. El debate comenzó con un recuerdo de la experiencia personal de cada participante con el físico, divulgador y filósofo de la ciencia Jorge Wagensberg, fallecido hace cinco años.

Wagensberg destacó por su capacidad de conectar disciplinas científicas diversas y por reflexionar sobre la naturaleza de la ciencia misma. “Si la naturaleza era la respuesta, ¿cuál era la pregunta?”, es uno de sus aforismos más conocidos que a su vez da nombre a uno de sus libros. Se refiere a la idea de que la ciencia no solo consiste en encontrar respuestas a preguntas concretas, sino que consiste también en formular las preguntas adecuadas.

En este sentido, el físico catalán es heredero de la tradición decimonónica de Charles Darwin, Charles Babbage o Michael Faraday, que hoy conocemos como científicos pero que en realidad se consideraban a sí mismos filósofos de la naturaleza y no hacían distinción entre humanidades y ciencias (la palabra científico que apareció en 1837, no empezó a popularizarse hasta finales de siglo). Todos estos filósofos de la naturaleza, y otros como ellos, fueron capaces de cambiar el mundo porque se realizaron las preguntas adecuadas. Otro filósofo, el también catalán Rubert de Ventós, decía que el trabajo del filósofo es el de “ver borroso allá donde todos ven claro”, esto es, el de hacer las preguntas que nadie ha hecho. Su definición de filosofía es la mejor que he oído nunca: “La filosofía es el culo inquieto del espíritu”.

Viene a cuento porque la filosofía y la ética están de moda gracias a la irrupción de la inteligencia artificial (IA) en el debate social. Distingo la irrupción en el debate social de la irrupción en nuestras vidas porque la IA hace tiempo que tiene un impacto profundo en nuestra sociedad. Solo hay que recordar la victoria de Trump, el Brexit o el asalto al Capitolio el 6 de enero del 2021, todos consecuencia de que los algoritmos de IA de las redes sociales maximizan la exposición de los mensajes más polarizadores por que son los que generan más interacciones.

La preocupación por la IA –sea lo que sea lo que entendamos por IA– es medible. En todas las sesiones que asistí a la última edición del MWC –educación, computación cuántica, derechos digitales, futuro del deporte, salud, innovación– se habló del omnipresente ChatGPT. También en demasiadas ocasiones se quiso impresionar a la audiencia haciendo pasar textos generados por el ChatGPT como textos escritos por personas (no lo hagan más, que el gag ya está gastado). Esta experiencia subjetiva se reproduce a escala planetaria. En una comparativa en Google Trends del volumen de búsquedas entre ChatGPT y Shakira, el primero supera a la segunda sobradamente. Incluso fuera de nuestro mundo hay preocupación con la irrupción de la IA: días antes del MWC se celebraba en el aula magna del Seminario Conciliar de Barcelona, llena a rebosar, el debate “Transhuma-

nismo, cristianismo y gnosticismo”, en donde una algo paritaria mesa de doctores de iglesia debatieron sobre humanismo y tecnología. El hilo conductor de todos estos ejemplos, desde el más personal hasta el más universal, son las preguntas. Por primera vez parece que tenemos en la IA una herramienta que tiene más respuestas que las de la verdad revelada de la iglesia, que las de la verdad adquirida en la academia y que incluso de las la verdad computada de Google. Una IA que rompe todas las barreras tecnológicas –tan fácil de utilizar como WhatsApp–, que rompe todas las barreras culturales –sabe hablar catalán a pesar de no haberlo aprendido– y que rompe todas las barreras sociales –abierto a todo el mundo–. Una IA que está convirtiendo las respuestas en un bien de consumo a la vez que convierte a las preguntas en un lujo. Y esto también es medible.

La empresa Anthropic, creada por extrabajadores de OpenAI, los creadores del ChatGPT, ha publicado una oferta de trabajo para cubrir la posición de ingeniero de indicaciones y bibliotecario (*Prompt Engineer and Librarian*, en el original). La oferta es poco convencional en todos los sentidos. Para empezar, la empresa busca a alguien que en lugar de tener res-

Disruptiva
La IA actual rompe todas las barreras tecnológicas (tan fácil de utilizar como WhatsApp), culturales y sociales

puestas sepa hacer preguntas. Reconocen que es normal no tener experiencia en un campo que tiene apenas dos años, pero que si tienes un espíritu hacker, eres un buen comunicador, te gusta escribir y eres capaz de convertir problemas ambiguos en problemas claros, ese es tu trabajo. Entre las responsabilidades está la de “crear una biblioteca de indicaciones (*prompts*) o cadenas de indicaciones de alta calidad para realizar una variedad de tareas, con una guía sencilla para ayudar a los usuarios a buscar la mejor para ellos”. “El rango esperado de salario para esta posición va de 175.000 hasta 335.000 dólares anuales”. Si, lo ha leído bien.

En un mundo en el que las respuestas ya no son patrimonio exclusivo ni de la iglesia ni de la academia ni tan siquiera de Google, un mundo en que todo el mundo tiene acceso a ellas, el valor está en las preguntas. No es nuevo, Picasso ya decía en los años sesenta que encontraba los ordenadores inútiles, que solo sabían dar respuestas. Quien fruto de sus conocimientos, referentes y sobre todo de sus experiencias sea capaz de hacerse las mejores preguntas, o tener las conversaciones más interesantes con la IA –“cadenas de indicaciones de alta calidad”– será quien mejor posicionado esté para cambiar el mundo, con las preguntas que nadie nunca haya hecho antes y con las respuestas que la IA le proporcionará. Si la IA es la respuesta ¿cuál era la pregunta?

PD: este artículo es la respuesta a las preguntas que me surgieron después de ir a la mesa redonda en el seminario sobre transhumanismo, cristianismo y gnosticismo, a la sesión “Ciencia y escritura” en la Bienal Ciudad y Ciencia y a incontables sesiones y conversaciones cara a cara con humanos en el MWC: preguntas fruto de experiencias que ni la IA ni las máquinas pueden tener. |

Un bien de lujo

En un entorno donde las respuestas son un bien de consumo, las preguntas con sentido se convierten en un lujo

Mercado del arte
Llucà Homs

Donación ingente



Las administraciones públicas harían bien en entender que favorecer el coleccionismo artístico con una fiscalidad amable acaba revirtiendo, con los años, en el conjunto de la sociedad. Por experiencia sabemos que muchas de las grandes colecciones que hoy se están articulando, sean de particulares o de empresas, acabarán abiertas al público, ya sea en donaciones a museos, en fundaciones privadas o en cesiones temporales en exposiciones. Claro que detrás suele haber una cierta mirada inversionista y de posicionamiento social, pero la auténtica vocación de los coleccionistas más comprometidos con lo artístico es patrimonialista, y viene muy ligada a una función de custodios, que acercarán el arte a la sociedad y lo transmitirán a las generaciones venideras. Una de las claves para que estas colecciones pervivan más allá de quienes las han creado, pasa por dotarlas de un fondo económico que permita mantenerlas y continuar con el espíritu con el que se instituyeron. No es solo crear una fundación con un espacio que albergue una colección, se trata de dotarla económicamente para que tenga viabilidad propia y su sostenimiento no acabe recayendo siempre en los hombros de los contribuyentes. Ejemplos de fundaciones con buenas colecciones que han desaparecido o han malvivido por no tener este sostén no nos faltarían.

Quizá por esto es tan relevante la donación de 1.900 millones de dólares que acaba de recibir el Glenston Museum por parte de los coleccionistas



© IWAN BAAN – CORTESÍA DEL GLENSTONE MUSEUM

Arte y mecenazgo**Vista aérea de los modernos pabellones del Glenstone Mu-****seum, en medio del boque de Potomac (estado de Maryland)**

=====

Una fiscalidad amable al mundo del coleccionismo facilitaría las donaciones

Mitchell Rales y su esposa Emily Wei, los copropietarios de Danaher Corp. En el 2006 ya ayudaron a fundar este museo de arte contemporáneo en Potomac (Maryland), cerca de donde viven. La suma es una de las donaciones a las artes más importantes de la historia e incrementa los fondos del museo hasta los 4.600 millones, casi equivalente a lo que tiene el museo más visitado de Norteamérica, el Metropolitan de Nueva York. Esta cantidad asegura, no solo el funcionamiento y mantenimiento de Glenston, sino también poder establecer una activa política de adquisiciones, como un nuevo pabellón para Richard Serra, al tiempo que le permite hacer millonarias donaciones a otras instituciones, como las que recibe el Studio Museum en Harlem. Y es que con inyecciones dinerarias de este calibre no cabe duda que la misión que han dejado establecida los Rales queda bien asegurada. |